

# La medida correcta

*Versión de Eesha Sardesai*

Hace mucho tiempo, en el sur de China, entre las inclinadas colinas verdes de la campiña de Wuyuan, vivía un hombre que amaba los números. A todo lo que fuera posible asignar valor, se lo asignaba. A todo lo que pudiera cuantificar con una cierta y significativa floritura de su pluma, así lo hacía. Le gustaba la claridad, la eficiencia y la seguridad que brindaban los números. Flanqueado por números, subdividido en unidades discretas, su mundo poseía estructura; tenía orden; tenía sentido.

Fue así como una tarde se encontraba este hombre sentado en el piso de su choza con los pies estirados frente a él y un trozo de papel en la mano. Estaba trazando su pie.

Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos para concentrarse. Su lengua se asomaba obstinadamente por la comisura de su boca. Despacio, despacio, y aún *más* despacio, guio la pluma alrededor de su tobillo. Se detuvo, ladeó la cabeza hacia el otro lado y curvó la pluma alrededor de los recodos de los dedos de sus pies. Saben, este hombre necesitaba un nuevo par de zapatos, y estaba decidido a que le quedaran perfectamente bien.

Cuando estuvo satisfecho de haber delineado su pie a la perfección, el hombre deslizó el papel de debajo de su pie y se puso a medir su dibujo. Era exactamente de *este* largo y exactamente de *ese* ancho. Había  $x$  cantidad de unidades entre la punta del pie y el talón, lo que significaba que el arco estaba a  $y$  número de unidades de largo. El hombre revisó y volvió a revisar sus medidas, y después repitió el proceso con el otro pie.

A la mañana siguiente, justo cuando el sol despertaba de su sueño en la colina, se puso en marcha hacia el mercado. Tendría que ir a pie y el viaje le tomaría varias horas; el pueblo más cercano estaba muy alejado. No obstante, se fue andando por los sinuosos caminos de tierra y por las terrazas de las montañas salpicadas del amarillo de las flores. Al pasar el tiempo, el sol se puso más brillante y caliente. Su respiración se hizo un poco más rápida y superficial.

Finalmente llegó a su destino, al mercado. Había una muchedumbre por todas partes, mercaderes vendiendo de todo, desde comida hasta sedas y vasijas de cobre, y clientes regateando para lograr el mejor precio. A la distancia, alcanzó a ver la tienda del zapatero.

Se abrió camino entre la multitud, agarrando la bolsa de tela que se había amarrado a la cintura. Los papeles, sus medidas, estaban ahí en algún lugar entre el montón de cosas que había traído consigo. Mientras hurgaba en la bolsa, pudo sentir los bordes de su lonchera de mimbre, y un objeto largo y boludo, probablemente su jarra de agua. Contento, canturreó para sí mismo mientras seguía rebuscando en la bolsa.

“Qué raro”, pensó tras unos momentos. “No los encuentro”. Volvió a hundir las manos en la bolsa, esta vez con desesperación. Se puso a esculcarse a sí mismo —el pecho, los muslos, incluso la espalda. ¡Quizás había algún bolsillo escondido en donde, de alguna manera y por motivos inexplicables, hubiera guardado sus invaluable medidas!

Pero no había ningún bolsillo, y tampoco había papeles. Se detuvo ahí mismo, a la mitad del camino, digiriendo la amarga realidad. Se quedó ahí parado, mirando al vacío, con la muchedumbre agolpándose ruidosamente a su alrededor.

Finalmente, el hombre emitió un suspiro profundo y agotado... todo su cuerpo parecía desinflarse. ¿Qué podía hacer? Necesitaba esos zapatos nuevos. Y

tenían que quedarle bien. Tendría que regresar y traer sus dibujos.

Así que se fue de regreso, tan rápido como le fue posible hacer que su cansado cuerpo se moviera. La hermosa campiña se veía borrosa ante sus ojos. Una y otra vez se regañó a sí mismo. No podía entender cómo había podido ser tan descuidado, cómo había cometido un error tan tonto. ¿Cómo podía haber olvidado sus medidas, las que había tardado tanto en terminar hasta que quedaron exactas?

Cuando finalmente llegó a su casa y abrió la puerta principal, vio los papeles ahí mismo donde los había dejado, en su sala. Los agarró de prisa, refunfuñando, por supuesto, con frustración, y también con una especie de reticente alivio. Luego inició su largo viaje de regreso al pueblo.

Para cuando regresó al mercado ya casi se metía el sol. Si se le hubiera ocurrido voltear al cielo, habría visto cómo las estrellas se multiplicaban en el emergente cielo crepuscular, cómo todo se sumergía en un halo de suave brillo violeta. Pero tal como estaban las cosas, solo tenía ojos para la decreciente multitud, las calles medio vacías, los vendedores que empacaban su mercancía.

El hombre se abrió camino hasta la tienda del zapatero, con el pecho aún jadeante y la frente brillando de sudor. Al acercarse vio que la puerta de la tienda estaba cerrada. Un jovencito —un aprendiz, por su aspecto— estaba barriendo el polvo de la entrada.

“Por favor”, rogó el hombre, “necesito comprar unos zapatos hoy. ¿Está el zapatero?”.

El aprendiz dejó de barrer y volteó a ver al hombre. “Lo siento mucho señor, pero la tienda está cerrada. El zapatero ya se retiró por hoy. Tendrá que venir en otra ocasión”.

El hombre abrió los ojos con incredulidad. “Pero... pero...”, balbuceo. “¡Tú no entiendes por lo que yo he pasado hoy!”. Y luego se lanzó a describir la saga de sus medidas, sobre lo grandiosas que habían sido, cómo las había dejado en casa y cómo había tenido que regresar por ellas. Y siguió así hablando sin parar.

El aprendiz lo miraba mientras hablaba, primero con una expresión de incredulidad brotando en su rostro, y luego con una de lástima. “Pero, señor”, le dijo cuando el hombre hubo terminado su relato, “aunque hubiera dejado sus medidas en casa, ¿acaso no traía sus pies?”.

